

Historia de una tertulia

Dado el actual signo de los tiempos, hablar de una tertulia tiene el particular interés de rememorar una costumbre prácticamente desaparecida. Será porque casi no existen los cafés, lugar idóneo para fomentar semejante tipo de reuniones puntuales, será porque el personal cada vez dispone de menos tiempo o menos tranquilidad de espíritu, lo cierto es que las tertulias, un fenómeno tan característico de Madrid como Barcelona, se han convertido en una auténtica rareza.

Al poco de terminar la contienda civil, un buen día comenzó en el madrileño Café Kutz una tertulia en la que iba a reinar de manera indiscutible José María de Cossío. Por ella desfilarán toreros, literatos, artistas, profesores, vagos, editores, extranjeros, señoras, señoritas, abogados, políticos, cineastas, críticos. Sin proponérselo y sin percatare de ello, la tertulia se convirtió, sin duda, en la de mayor interés de la posguerra. Pues bien, ese libro (1) es su historia. Sabiendo quién era su figura indiscutible y habida cuenta de que el autor es un reputado crítico taurino, no es de extrañar en absoluto que en esta crónica la fiesta nacional y sus protagonistas sean poco menos que el hilo conductor que vertebra la obra. Pero las anécdotas —bien contadas y jugosas en su mayoría— y los personajes más diversos y divertidos desfilan con generosidad por estas páginas nostálgicas, casi sentimentales.

Y entremezclados con la santa bohemia aparecen nuestros paisanos: Pla, que describía en aquéllos el tercer volumen de su libro que más le valiera no haber publicado: «Historia de la Segunda República»; D'Ors, pontificando y refiriendo incansablemente toda suerte de anécdotas; Ramón Eugenio de Goicoechea, preguntando «¿Isabel de Palencia es la viuda de García Lorca?»; el editor Janés, obsequiando a los presentes con ejemplares de sus muy cuidadas ediciones; Estelrich, quien ya bebía «cuba libre», informando de la generosidad de Cambó; el joven Miguel Utrillo, fumando un habano tras otro y regalándolos.

Un buen día, por anemia o falta de circulación de tertulios, quién sabe, terminaron las reuniones en el Café Kutz. Pero gracias a este libro magnífico, la imagen de aquella importante y divertida tertulia permanecerá siempre viva entre nosotros.

LUIS PERMANYER

(1) «Historia de una tertulia», por Antonio Díaz-Cañabete. Seleccionada Austral, 38. Espasa-Calpe, Madrid.

«El cine político, visto después del franquismo»

De JOSE M^o CAPARRÓS LERA

José M^o Caparrós Lera es suficientemente conocido de los aficionados al cine. A su labor de crítico en la revista «Mundo» une la docencia sobre temas cinematográficos en la Universidad de Barcelona. No es tampoco el libro que nos ocupa el primero que da a la imprenta. Le han precedido «El cine de los años 70», «Historia crítica del cine» y «El cine republicano español».

«El cine político visto después del franquismo» es un título meramente descriptivo del contenido del libro o, como dice el mismo Caparrós en el prólogo, es un título situacional, ni oportunista ni demagógico. En efecto, se trata de hacer balance del cine político que se ha visto y hecho en España después de la muerte de Franco, tomando como base el hecho de que de no haberse dado esta circunstancia la mayor parte de este cine político hubiera permanecido inédito para el público español que no va al extranjero ni acude a nuestros festivales. Es evidente que la censura tamizó básicamente dos temáticas: la pornografía y la política. Tras el cambio político ambas pasaron a constituir la

casi totalidad del cine exhibido, como puede comprarse consultando cualquier cartelera. Han arribado a nuestras pantallas no sólo las últimas novedades de la producción mundial, sino muchas películas producidas tiempo atrás, incluso algunas de finales de los treinta y de los cuarenta. Al mismo tiempo, algunos directores españoles, hoy declaradamente marxistas, han tenido oportunidad de estrenar obras libres de toda cortapisa. Es algo que entra dentro de la lógica de los hechos o de las circunstancias, igual que la censura de antes. Era imposible que el cine, y mucho menos el cine político, permaneciera ajeno a unos cambios tan profundos como los que han tenido lugar en España en los últimos tres años.

Esta faceta del cambio, dada la importancia sociológica del fenómeno cine, tanto a nivel de creador como de espectador, justifica sobradamente su estudio, estudio que Caparrós ha hecho sólo a medias. Lo decimos conscientes de que el libro es válido de por sí.

JOSE MARIA
MUNDET GIFRE
(Editorial DOPESA)

Ante una decisión pendiente

ESPAÑA EN LA O. T. A. N.

Las cuatro primeras palabras del libro —esto es, el título—, escritas precisamente sin interrogación, resumen la tesis del autor. Porque ésta es, sin duda alguna, una obra de tesis. No de tesis única, podríamos decir incluso, sino de continuas tesis parciales que conducen de la forma cartesiana hacia la tesis principal. En esto sale a relucir la formación filosófica del autor, que precedió a la de periodista y a la de experto en temas de estrategia.

El título, como decíamos, muestra el pensamiento de Sánchez-Gijón. Repárese, al efecto, en la preposición «en», bien distinta de la conjunción «y». Perdidos en la página 219 y sin relieve especial, unos párrafos resumen su pensamiento. Dicen así: «La hipótesis de trabajo de este libro es la de que España no puede afrontar el esquema total de su seguridad, dotándose de un arma nuclear suficiente, creíble y rentable; tampoco puede solucionar problemas fundamentales de su posición en el mundo y en Europa, adoptando una línea defensiva independiente y solitaria, y mucho menos marginándose de la competencia internacional por la seguridad. Por lo tanto, España tiene, como única alternativa válida, que asociarse a una alianza formada en torno al mecanismo de garantías basadas en la fuerza nuclear». Esto equivale a decir, sin paliativos, que

España debe ingresar en la OTAN. Con respecto a opciones que excluyan un alineamiento, el autor dice en otro momento que «no hay lugar en Europa para una España neutralista». No llega a estas conclusiones, desde luego, de forma gratuita, sino a través de análisis muy elaborados y ciclicos. Ello hace que el libro deba leerse despacio y sea, en definitiva, para «connaisseurs», o, al menos, para iniciados en el tema.

Rinde tributo, de entrada, a la geopolítica y a través de ella pasa a estudiar el espacio estratégico español. Aun cuando primeramente haya dicho que Mackinder (tierra) prevalece sobre Mahan (mar), lo cierto es que enfoca el espacio español más a lo Mahan que a lo Mackinder. Nadie puede poner en duda la importancia que los espacios marítimo y aéreo revisten dentro de la estrategia de España —más sobre la futura que en la presente—, pero, opinamos, el autor se excede al afirmar que «las amenazas potenciales a España de tipo terrestre son mínimas». Si bien esto es cierto en un puro criterio defensivo, resulta discutible a la hora de trazar una política de defensa, que ha de abarcar y contener muchos otros supuestos y de la que se desprende una dosificación, en efectivos y presupuestos, para tierra, mar y aire. Estamos de acuerdo con el autor en



que una futura dosificación debe valorar adecuadamente los espacios naval y aéreo, pero añadamos que el terrestre no puede ser menospreciado. Si las amenazas a España de tipo terrestre son mínimas, todavía son más mínimas las que se ciernen, pongamos por caso, sobre los Estados Unidos y la Gran Bretaña. Viendo la dosificación que en dichas naciones se efectúa, entre los tres ejércitos respectivos, hay que concluir que allí la dosificación no se fundamenta en criterios de mínima amenaza.

El último capítulo contiene un par de páginas muy sabrosas sobre la actualidad de nuestras Fuerzas Armadas. Como el autor dispondrá, a buen seguro, de más datos acerca del particular, se echa de menos que no le dedique mayor extensión. Cabe destacar, finalmente, la oportunidad con que aparece este libro y la inexistencia, prácticamente, de literatura sobre el tema. Uno de los pocos temas sobre el que los partidos políticos españoles no han llegado al consenso.

F. L. DE SEPULVEDA
(Ediciones DEFENSA)



«EMMA», DE JANE AUSTEN

Traducción: J. M^o Valverde

vela inglesa, rigurosamente nuevos; tan nuevos son que podrían ser actuales. Su mundo mental es casi el nuestro, así como su dimensión moral. Lo que Austen pierde en amplitud — si es que de pérdida se puede hablar— lo gana en intensidad, y en «Emma» nos encontramos con una conciencia que juzga y valora dentro de un marco de pensamiento muy próximo al nuestro. La novedad o revolución de Emma radica en que piense con la independencia, la distancia y la seguridad con las que le podría hacer un hombre.

También en este caso la novela transcurre en un ambiente bucólico, idílico casi; una aldea en la que nada de importancia ocurre y en la que solo se registran las relaciones entre unos pocos de los personajes que la habitan. También en este caso la trama se reduce a ser la crónica sentimental, lúcida e irónica, de los personajes; unos pocos jóvenes que padecen, luchan y se deciden por sus destinos matrimoniales. Emma, Harriet Smith, Mr. Elton, Frank Churchill, Jane Fairfax, Mr. Knightly, todos ellos jóvenes pertenecientes o próximos a la hidalguía rural, llenan las páginas de este libro, y sus relaciones se fomentan en paseos, visitas y reuniones.

Pero esto sólo describe la dimensión más inmediata del libro. Subyaciéndolo está la mencionada presentación de la conciencia de Emma, descrita con toda precisión y coherencia, pensando en términos de una libertad sin precedentes. En esta segunda dimensión se describe la maduración de Emma, su visión de sí, de sus errores al intentar orientar las vidas de los demás, su capacidad de autocorrección, su lucidez por fin respecto a sus propios sentimientos.

Pero la proyección de la idea de Emma le ha requerido a la autora el tener que vencer muchas dificultades de carácter técnico. En el siglo XVIII, en un momento en que la novela es aún un género prácticamente nuevo, la Austen tiene que inventar una técnica que le permita, por ejemplo, conectar los pensamientos de sus personajes con sus palabras y con las de la autora —de ahí el estilo indirecto libre—, o tiene que aprender a dosificar su propia presencia en la novela para permitir a sus personajes mayor expresión en vistas a su coherencia. Con ello, Jane Austen da un paso considerable en el descubrimiento y utilización de las técnicas narrativas.

ARANTZA USANDIZAGA